

## Paisaje y paisanaje

AITOR COTERON

**A**vuelo de pájaro unos 10 kms. separan el valle de Polaciones de Alto Campóo. Por carretera son unos 100 kms. los que tendríamos que recorrer desde la aldea de Pejanda hasta la estación de esquí. Alguna suerte de etéreo, invisible muro separa dos mundos: al Norte escaso paisanaje, con un medio de vida fundamentado en la montaña; al lado enjambres de urbícolas que, buscando la nieve, van a toparse precisamente con el tropel y el alboroto que necesitaban eludir. Desde este valle se observan perfectamente las sierras de Peña Labra y del Cordel, y las estribaciones de Peña Sagra, que en esta ocasión es nuestro objetivo. Un sentimiento de soledad y de abandono va ganándote a poco de llegar, a pesar de lo relajante del paisaje: hayedos y robles retorcidos alternan con las brañas donde se asientan los invernales y las majadas, los alisos sombrean las orillas del Nansa, donde de cuando en cuando una trucha con un elegante salto atrapa una mosca despistada.

En las tabernas se exponen a la venta cachavas inverosímiles obtenidas de alguna rama irrepitable, almadreñas de roble, que son todavía el calzado habitual en la montaña cantábrica, rabeles que con la estridencia de sus tres cuerdas nos remontan a edades antiguas. Hoy es tarde de sábado y hay animación, copeo y barajas. Las caras de los paisanos son una concienzuda labor de talla, un cincelado laberíntico creado por el duro trabajo y escasas satisfacciones.

**Primer premio del Concurso de artículos en castellano sobre «La gente de la montaña».**

Foto: Carlos Sanz (Revista NATURA).



**No era extraño, hace unos años, ver lobos. Desgraciadamente, hoy quedan muy pocos.**

Foto archivo (Revista NATURA).





## Gente de antaño

Hace 2.000 años la vida en el medio hostil de las montañas de la cordillera Cantábrica se fundaba en el pastoreo, una agricultura muy rudimentaria y de escasos frutos (es todavía reciente el uso de la laya entre los vascos), la caza y esporádicas incursiones de saqueo a otros pueblos de la meseta. El geógrafo griego Estrabón nos refiere: «Todos estos habitantes de la montaña son sobrios; no beben sino agua, duermen en el suelo... Comen principalmente carne de cabrón... Practican luchas gymnicas, hoplíticas e hípicas, ejercitándose para el pugilato, la carrera, las escaramuzas y las batallas campales... Así viven estos montañeses que son los que habitan en el lado septentrional de Iberia; es decir, los Kallaikoi, los Astoures y Kántabroi, hasta los Ouáskones y el Pyrene, todos los cuales tienen el mismo modo de vivir». Para Estrabón es esta vida austera, aislada, de lucha constante la que hace a Galaicos, Astures, Cántabros y Vascones gente dura de pelar.

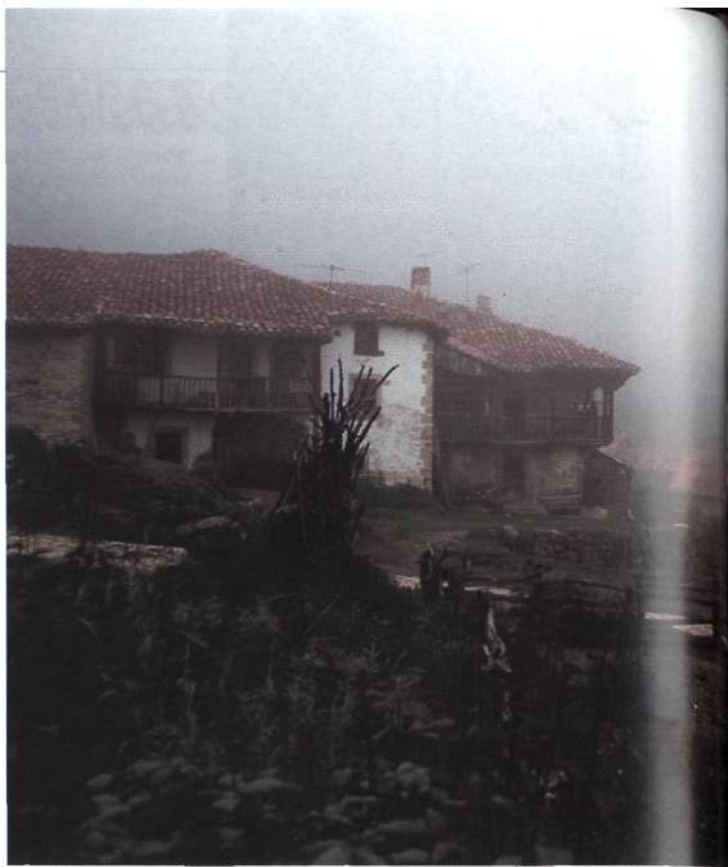
Su régimen social era tribal y matriarcal, siendo las mujeres las que trabajaban la tierra, heredaban, eran dotadas por sus maridos y hacían la guerra junto con los hombres. Era muy singular la práctica de «la covada» que ha perdurado en algunos lugares apartados de la zona cantábrica hasta nuestro siglo. No bien la mujer da a luz, el marido se tiende en la cama junto con el niño y recibe todas las atenciones de la parturienta. Además de su posible sentido mágico este ritual perseguiría consagrar, legalizar la paternidad del marido, alejando de forma simbólica todas las dudas.

Aquí los cántabros dieron quehacer a las legiones romanas. El propio emperador Augusto manda la campaña definitiva contra aquellos pueblos montañeses, que hasta entonces no habían sido de veras sometidos. Poco era el rendimiento económico que se podía obtener de aquellos territorios, exceptuando algunas minas de oro y plata existentes en el actual León. Sin embargo, es una de las dos únicas expediciones militares que el emperador dirige personalmente. Es de suponer que la fama de fieros e irreductibles de los cántabros fuera para él un acicate, necesitado como estaba de acciones que le dieran prestigio y ayudaran a consolidar el régimen imperial frente a la abolida república. Fuera como fuera la guerra no fue tan sencilla para los romanos; duró desde el año 29 al 19 a. de C., y no podía ser de otro modo cuando se enfrentaban a aquellos que habían derrotado a los mejores generales romanos desde un siglo antes, incluyendo al mismo Julio César. La fama de los guerreros cántabros, que al decir de Estrabón cuando eran apresados y crucificados morían cantando himnos de victoria, llenaba de terror a los legionarios.

## Aquí y ahora

La Reserva de Saja es el lugar más cercano a Bilbo del que pueda decirse que se

**San Mamés.  
Punto de partida  
para ascender a  
Peña Sagra.**



encuentra bien conservado. Sorprende a quien pasa su tiempo en una gran ciudad que para la gente de Cabuérniga y Polaciones sea habitual el ágil salto del corzo o el ciervo pastando a la orilla del río enfrente de casa. Jabalíes y urogallos comparten hayedos y brañas. Algunos osos deambulan de uno a otro valle y por el Parque Nacional de Covadonga, que un poco más al oeste, sirve de refugio a los últimos vestigios de una fauna tan abundante en otro tiempo por toda la cordillera, hasta el Pirineo.

A la tarde, y delante de unas cervezas, la conversación fluye fácil. Uno de los guardas de la Reserva, destinado en esa zona, se presta a saciar nuestra desmedida curiosidad. Surge, cómo no, el tema de los lobos, que por allí son relativamente abundantes. Nadie les tiene aprecio, pero los sentimientos van desde el odio irrefrenable hasta una cierta comprensión. Todos los presentes son ganaderos y no es difícil comprender su mala leche. Las compensaciones económicas para reparar los daños causados por el lobo llegan tarde y son insuficientes para cubrir las pérdidas, y el ganado es el único medio de vida de muchas familias. Nosotros nos atrevemos a hacer una tímida defensa del derecho del lobo a vivir donde siempre lo ha hecho, pero no se puede decir que nuestras tesis tengan mucho eco. Las noches de invierno se les suele oír aullar desde el mismo pueblo, incluso llegan a criar en Peña Sagra. Sería emocionante toparnos con uno mañana mientras subimos, pienso con un cierto regustillo de temor. Aseguran que hay habilidosos que imitan sus aullidos soplando en una almadréna, y a menudo consiguen arrancar a la oscuri-

dad respuestas que infunden respeto, un respeto que emerge de una oscuridad más profunda, milenaria.

**—Si cuando atacan un rebaño sólo se comieran una o dos ovejas, pero de la oveja les gusta únicamente la parte del cuello, y matan hasta hartarse. Una vez que han probado la carne de oveja ya no quieren otra cosa—.**

Las batidas las organiza el guarda cuando los lobos causan algún daño, y además él se encarga de colocar cepos en los pasos habituales; la primavera pasada cayó en el cebo el lobo más grande que recordaban haber visto en la zona.

**—Los cepos que se fabrican aquí no sirven, los dientes desgarran la pata del bicho y él mismo se la muerde hasta amputársela. Una vez maté uno que era manco y así y todo se manejaba perfectamente. Mis cepos vienen de Alemania y no tienen dientes, tampoco se anclan en tierra, sino que están unidos por una cadena a una especie de rastrillo bastante pesado. Cuando el lobo cae en él puede moverlo, pero con dificultad; el rastrillo se engancha en las ramas, las piedras, se clava en tierra y va agotándolo. Cada mañana hay que hacer la ronda para revisar todos los cepos, y si alguno falta de su sitio ir rasteando al lobo hasta dar con él. Son muy inteligentes y hay que poner mucho cuidado, que una vez tuve el tiempo justo de meter un tiro a uno que, agazapado, se me vino encima con cebo y todo—.**





Carlos observa el mapa que le enseñó, con cierto asombro. Parece sorprendido de que su tierra pueda representarse de una forma tan críptica, en un papel lleno de líneas curvas. En seguida me apunta unas cuantas incorrecciones:

—Este collado se llama *las invernillas*, no *las invernillas*. Y Peña Sagra es toda la sierra, la punta más alta se llama *el Cuernón*—.

Poco a poco se va situando, pero no se le ve muy convencido.

—¿Y a dónde decís que vais mañana? —Al Cuernón. —¿Andando? Ya os subo yo con el Land-Rover—.

Nuestras explicaciones de que preferíamos subir «a pinrel» les dejan más bien meditabundos. ¿Qué placer encontrarán estos señoritos en pegarse una paliza, si no se les ha perdido nada ahí arriba?

Con tanta charla y cerveza nos hemos dormido tarde. Cuando despierto la tienda está cubierta por una fina capa de nieve y el cielo no augura nada bueno; cunde el desánimo. Al final salgo solo, con el pensamiento lleno de lobos y osos, mientras me hundo en la nieve blanda. No se ve un alma y cada crujido de una rama, el ruido más leve, es un sobresalto que evoca la leyenda negra que el lobo soporta sin merecer.

—Hace unos años una pareja de la guardia civil se perdió por el monte. Al de unos días únicamente encontraron dos pares de botas con sus correspondientes pies dentro—.

Una fabulilla que ayer me había hecho sonreír, pero que aquí, y solo... Hasta unas

enormes huellas desdibujadas en la nieve me hacen creer seriamente en el paso de un oso. Un inesperado jirón en las nubes me muestra furtivamente los Picos de Europa; casi puedo tocar la cima del Cuernón, pero la nieve que comienza a caer con furia la hace desaparecer en un instante, un ventarrón helado acaba por disuadirme; otro día será.

## Gentuza

El *Mons Vindius*, la Peña Santa, que fue espectador de las sangrientas batallas de las guerras cántabras, asiste hoy impotente a la invasión de las nuevas legiones, esta vez motorizadas, que han convertido los lagos de Covadonga en el parking más bello que conozco. No falta el complemento de la basura abandonada en cualquier lugar, y el cassette atronando con «Los Chichos». Triste estampa para un parque nacional que además ha de soportar un pastoreo excesivo y un furtivismo que no acaba de erradicarse, que amenaza especies que tienen por aquí su último refugio.

—Se siguen matando osos todos los años—, nos confiesa el guarda de la Reserva de Saja. —No es difícil conociendo el monte y teniendo buenos perros, pero eso no tiene disculpa; el oso no hace daño a nadie, digan lo que digan. También hay quien tiene perros que usa para acosar a los corzos y, sin embargo, no veo que les den de comer lo suficiente. Esta misma semana han aparecido varias ovejas muertas; lo más fácil es acusar al lobo pero yo sé que no ha sido él el culpable—.

Podemos celebrar la buena noticia de que la vuelta ciclista no pasará el año que viene por los Lagos, decisión que Icona ha tomado en un alarde de consecuencia. La de arena nos la dan en forma de «monumento» a un ilustre prócer que, erigido entre los dos lagos, recordará a la posteridad sus desvelos para conseguir que una etapa de la competición ciclista acabara en este lugar. No nos explica el por qué de un interés tan desmedido que no duda en arriesgar la integridad de un entorno protegido.

La especulación amenaza los Picos de Europa en forma de proyectos de teleféricos y carreteras, con la disculpa de acabar con el aislamiento de aldeas como Bulnes o Camarmeña; los propios paisanos no parecen dispuestos a tragarse un cuento que pocos beneficios puede aportarles, y amenaza un medio natural único.

Sólo hay una posibilidad de que la montaña sea ella misma, se logrará conciliando los intereses y la vida de todos los que tienen contacto con ella: los montañeses que la viven, y a veces sufren, todo el año; los montañeros que la visitamos esporádicamente y los animales y plantas que padecen el acoso de unos y de otros.

En lo que atañe a nuestra propia responsabilidad, con escaso esfuerzo podremos devolver a la «civilización» latas y envoltorios vacíos que no vacilamos en subir cuando estaban llenos. Y en cuanto a las altas instancias, ¿cuándo descubrirán que por el precio de un *Mirage* se podrían reparar los daños causados por el lobo de aquí al año 3000?

Fotos del autor.



Un menhir de la era del espacio erigido entre el lago Enol y el de La Encina.